

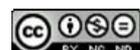
**Nancy Fernández. *Poéticas impropias: Escrituras argentinas contemporáneas*.
Mar del Plata, UNMDP, 2014, 157 páginas.**

Los cuatro ensayos reunidos por Nancy Fernández en este libro comparten una preocupación común: el análisis de una literatura argentina contemporánea que, desde unos años antes del comienzo de la década de 1970, con recorridos más o menos turbulentos, viene ensayando formas diversas de la impropiedad y de la no pertenencia. *Poéticas impropias* define esa “impropiedad” de las escrituras contemporáneas argentinas como una serie de operaciones y dispositivos que desanclan la literatura de sus lugares de pertenencia más rígidos, desconociendo las fronteras entre los géneros, las disciplinas y la especificidad de sus técnicas y materiales. Según Fernández, “desde hace unos años, la literatura viene replanteando sus condiciones de fabricación”, acentuando “el desplazamiento de aquellos componentes que la dotaban de técnicas propias confiriendo identidad a una práctica específica” (43).

¿Cuándo comienza esa transformación? El libro de Fernández es inteligente y productivo al evadir la pregunta por la periodización —que suele imponer cortes abruptos y hasta cierto sentido arbitrarios, siempre discutibles y, sobre todo, reductores en cuanto a la percepción de las transformaciones históricas. En lugar de situar fechas exactas, mojones históricos u orígenes seguros, Fernández decide estudiar de modo conjunto un grupo de escrituras de diversas épocas que, conectadas por rasgos compartidos y relaciones de fuerza, permiten estudiar con mirada de genealogista las transformaciones y los desplazamientos de la escritura —de sus modos de producción, de sus condiciones, de su lenguaje, de sus problemas—, diseñando mapas que permiten situar entre los años 60 y 70, en genealogías diferentes, una serie de conmociones en la institución de la literatura.

El primer ensayo, “Apuntes sobre Copi: el artista contra el canon” aborda la producción de Copi como un conjunto, analizando los pasajes y desplazamientos en sus textos de la vida a la obra, del dibujo al teatro y a la literatura, del francés al castellano y viceversa. También dentro de esos desplazamientos y transmutaciones debe comprenderse uno de los dispositivos fundamentales de la escritura Copi: el trabajo de desnaturalización de los mitos o figuras nacionales (Evita, el Cachafaz) y de la lengua colectiva que desbarata prosapias y tradiciones desde la irreverencia. Resulta acertado leer la obra de Copi desconociendo a su vez fronteras entre los libros y en los diversos “formatos” — obras de teatro, narrativas inclasificables donde se cuele la biografía, historietas— para apresar de modo más contundente, de uno a otro texto, aquello que constituye a la escritura de Copi en una escritura tan excéntrica y singular.

El segundo ensayo, “Escrituras argentinas contemporáneas. Condiciones de producción y posautonomía”, aborda la transformación de las condiciones de producción en la literatura de las últimas décadas como un movimiento de dos tiempos. El primero estaría representado por escritores como Ricardo Piglia, Juan José Saer, Héctor Tizón, César Aira o Andrés Rivera, que aunque permanecen dentro de la esfera de lo literario y ficcional, exhiben una autoconsciencia que parece ensayar, según Fernández, la neutralización de sus límites. En un segundo momento, César Aira extrema esos procedimientos “tramitando una definición de lo narrable sobre los bordes de lo estético y de todo aquello que no lo fue” (45), utilizando materiales de otros circuitos culturales y poniendo en entredicho la noción de valor literario. Fernández llega así al concepto de postautonomía elaborado por Josefina Ludmer en “Literaturas Postautónomas” y *Aquí América Latina*, repasando la bibliografía



teórica sobre la cuestión (Adorno, Ranciere, etc), enfrentando los costados polémicos de la argumentación de Ludmer y expandiendo el concepto de posautonomía para entender escrituras ausentes en la reflexión de Ludmer como las de Juan Desiderio o Martín Gambarotta.

A partir de estas otras escrituras más jóvenes y del rescate que ellas hacen de Ricardo Zelarayán, el artículo analiza la insistencia de un nombre que se ha ido perfilando en estos últimos años como fundamental, y al que Fernández vuelve una y otra vez en sus ensayos: Ricardo Zelarayán.

Poéticas impropias incluye un ensayo sobre poesía contemporánea en el que la denominada “nueva poesía” surgida a partir de los años de 1980 se enmarca en una rica descripción de recorridos sinuosos y conflictivos que se remontan también hacia décadas anteriores. Así, el artículo revisa la polémica entre neobarrocos y objetivistas reconociendo recorridos menos rectilíneos y tradiciones más conflictivas, notando por ejemplo los inicios refrendados por una tradición neobarroca de Arturo Carrera, para pasar hacia una poética de simplificación más cercana a los objetivistas, para retornar a un determinado hermetismo con *Mi padre*, publicado en 1985. Las escrituras poéticas de Leónidas Lamborghini y Juan Laurentino Ortiz encuentran espacio en este capítulo para analizar las características y operaciones que tornaron a estas escrituras punto de referencia de la poesía contemporánea.

El último ensayo —quizás el más heterogéneo de todos— analiza el modo en que la historia de la literatura argentina “desplaza ideologemas que funcionaron como variables en un imaginario fundacional” (134). En el armado de constelaciones literarias que congregan autores del siglo XIX como Echeverría, Ascassubi o Bustos Domecq, con escritores más recientes como Osvaldo Lamborghini o Ricardo Zelarayán, la lectura de Fernández persigue el desplazamiento de esos ideologemas y la construcción de nuevos tipos de escritura a partir de esos desplazamientos que resultan analizados de forma minuciosa.

Y precisamente una de las ventajas del método de aproximación de Fernández en este libro es el modo en que el análisis minucioso —cerca a los libros, y por momentos microscópico— desconoce sin embargo los límites de las obras e incluso de un mismo autor, estableciendo conexiones y fugas de uno a otro, estrategia que le permite reconocer movimientos más amplios de la escritura sin abandonar la lectura en detalle. Tampoco los límites temporales funcionan como fronteras rígidas para el análisis, y el despliegue de un método de análisis en contrapunto entre algunos autores de los años setenta y otros más contemporáneos permite diseñar, en función del diálogo que entablan, una genealogía hecha de detalles, tumultos, y conmociones que resulta más rica y precisa, por cierto, que una historia lineal de la literatura argentina de las últimas décadas encerrada en cronologías preestablecidas.

Florencia Garramuño